

—Yo Mary: mis compañeras Betzy y Jenny, respondió la mas despejada de las tres.

—¿Qué edad teneis?

—Diez y seis y diez y siete años.

—¿Viven aun vuestros padres?

—No los hemos conocido nunca.

—¿Por qué no trabajais?

—El mes pasado aun teníamos labor; pero desde que se ha paralizado la venta, ya no nos dan, aunque hemos buscado trabajo en muchas partes.

—¿Dónde trabajabais?

—En un taller de costurera.

—¿Y ahora qué haceis?

A esta pregunta siguió un momento de silencio que nos hizo mal. Las pobrecillas pelian limosna, buscaban entre la basura de las calles trapos ó alguna cosa semejante que vender... y á veces que comer; y de noche, por la módica cantidad de 1 penique (3 cuartos y medio), venian las tres á este inhumano dormitorio á reposar sobre un mal tablado, casi á merced de los ladrones y de los vagamundos de la peor especie. Nos retiramos contristados dejando algunas monedas á aquellas infelices que nos dieron gracias con los ojos inundados en llanto.

Estas casucas ruinosas donde los mendigos van á pasar las noches, no están bajo la vigilancia de la policía—*not under our supervision*, me decia el inspector Price,—y es tan exagerado el respeto á la libertad individual que hay en Inglaterra, que por lo comun no penetra en ellas la policía sino con discrecion. En semejantes tabucos acontecen muchas cosas dignas de compasion, y se nos refirió que en una de ellas un pobre diablo muerto de hambre en medio de un monton de trapos donde se habia tendido en el suelo, fue medio devorado por las ratas y por los perros.

## IV.

Eran las tres de la madrugada cuando terminamos nuestra excursion. En la estacion de policía, á donde nos conduce Mr. Price, estaba la cárcel donde se encierra á los beodos y á los camorristas recogidos en las calles.

Abriéronnos algunos de los calabozos. En uno de ellos vimos una porcion de hombres amontonados durmiendo tranquilamente su vino, ó restañando la sangre de recientes heridas. Algunos intentaron reclamar acerca de su detencion al ver á Mr. Price, á quien reconocieron al través de los báquicos vapores; pero se dió prudentemente con la puerta en los hocicos á los recalitrantes. Otro calabozo estaba destinado para las mujeres que, menos pacientes que los hombres, charlaban desafortadamente: verdad es que en esta ocasion servíales de disculpa la fermentacion

de los licores que habian bebido. En un tercer encierro se ofreció á nuestra vista un horrible espectáculo: una mujer sola, presa de un verdadero acceso de *delirium tremens*, los cabellos sueltos y desordenados, los ojos estraviados, la cara ensangrentada por sus propias uñas, con que se arañaba enfurecida: en fin, la verdadera imágen de una harpía.

Cuando ella comprendió que estaba allí Mr. Price,—quiero salir, señor inspector, exclamó: ¡Quiero irme, quiero volver á mi casa! ¡Mi marido y mis hijos me están esperando!

De pronto, pasando del furor á la mansedumbre, añadió:

—Vamos, mi querido Mr. Price, mi buen amigo, *my good friend*: yo os prometo ser mas arreglada en lo sucesivo...

Y viendo que no obtenia respuesta, volvía á montar en cólera, y gritaba:

—¡Es una falsedad! ¡Yo no estoy ebria: es una infamia de los agentes de policía! Mañana iré á quejarme á los jueces.

Y daba con la cabeza contra las paredes, sacudia la puerta, lanzaba gritos inarticulados, y se arrastraba por el suelo, arrojando espuma por la boca y alborotando siempre.

Estuvimos allí largo rato, y ella no cesó de gritar. Tan pronto nos interpelaba á nosotros, como llamaba en su ayuda seres imaginarios. Dos veces quise contemplar este espectáculo por la rejuela del calabozo, y otras tantas retrocedí espantado ante aquella loca furiosa que hacia ademán de arrojarse sobre mí, á pesar de la puerta. Un constable abrió un instante el calabozo, y al punto se tranquilizó, pidiendo con la voz mas dulce que se la devolviese la libertad.

—Sí tal, la dijo el agente con bondad: en libertad mañana por la mañana.

Y la furia se calmaba.

Los diversos espectáculos que sucesivamente habíamos presenciado durante aquella noche tan singularmente empleada, nos habian conmovido y atolondrado. A las cuatro empezaba á clarear el dia, pues en Londres, á una latitud de 52°, durante el verano se pone el sol tan tarde y sale tan temprano como en San Petersburgo. Sentíamos gran necesidad de aire y de luz; y dando gracias al complaciente inspector y á sus agentes, nos apresuramos á salir de aquel cuartel famoso donde habíamos pasado seis horas largas.

London Bridge no estaba lejos, y fuimos á pedir á este puente del Támesis un poco de frescura.

Ya las chimeneas de las fraguas que se estenden en los puentes de Londres, de Southwark y de Blackfriars, á la derecha del rio, comenzaban á entregar ténues columnas de humo á la brisa de la mañana. Los talleres de máquinas, las fábricas de

cerveza y las tenerías de este barrio industrial iban á emprender sus cotidianos trabajos, mientras en la orilla izquierda hacía la antigua torre que domina por aquel lado la *city*, parecian salir de su sueño los buques anclados. Algunas barcas comenzaban á ponerse en movimiento, y en diversas direcciones se oia el martillo golpeando sobre el yunque, y el estridente silbido del vapor.

Las aguas del rio se arrastraban perezosamente hacia el mar, y de su superficie se elevaban en una y otra orilla nieblas ligeras que envolvían una parte de la poblacion, sin ocultar á nuestros ojos, sin embargo, la imponente fachada del palacio de Westminster, que baña sus pies en el Támesis, y la atrevida cúpula de San Pablo, iglesia metropolitana de la antigua Londres.

¿Qué pintor ó qué viajero, al pasar por el puente donde nos encontrábamos, no ha detenido un momento su mirada en aquella vista, única que puede competir con el Canaletto, pues solo en Venecia tiene igual? El magnífico cuadro que poco á poco se iba desenvolviendo á nuestros ojos á favor del brillo cada vez mas vivo de la aurora, era el mas á propósito para refrescar nuestro espíritu de las tristes impresiones de la noche.

Pero tambien habia de tener su borron este hermoso paisaje. Sobre uno de los bancos de piedra del Puente de Londres, dormian dos soldados tendidos el uno contra el otro, y junto á ellos una jóven, con el sombrero y el cabello descompuestos, sin dárselos un ardite, al parecer, del fresco de la mañana.

Este espectáculo trajo á nuestra memoria los que habíamos presenciado en nuestra reciente excursion; recuerdo que nos acompañó hasta nuestra casa, pues á pesar de los cambios de barrio, en todo el trayecto se sucedieron otros semejantes.

En el Strand, á pesar de la aurora, seguia aun la orgía nocturna, y los *divanes* de Haymarket, abiertos é iluminados todavia, contenian sus eternos bebedores reclinados sobre las mesas de mármol; y con ellos una parte de las mujeres que manchan aquel detestable barrio desde las doce de la noche á las cuatro de la mañana. En la calle, y acurrucados unos contra otros, varios pilluelos dormian en los dinteles de las puertas; mientras cuatro *policemen* conducian gravemente en parihuelas á una mujer en el sueño de la embriaguez.

Tales son los espectáculos afflictivos que las noches de Londres ofrecen á los curiosos en los barrios pobres de la gran ciudad. La relacion de Mr. Simonin no tiene nada de exagerada, y en prueba de su veracidad vienen las de otros escritores de nota.

Por ejemplo, el célebre economista Leon Faucher dice en sus *Estudios sobre la Inglaterra*:

«El camino de hierro de Blackwalla, atraviesa á

White-Chapel en toda su longitud. Desde lo alto de los arcos que sostienen la via férrea, se sumerge la vista á su placer en los secretos de aquella miseria. Descúbrense desde allí mujeres pálidas que se asoman medio desnudas á las ventanas, niños raquíticos que se revuelcan en el fango de los corrales con los cerdos, compañeros inseparables de las familias irlandesas; andrajos colgados en lo alto de las calles como para interceptar la luz y el calor, y por do quiera montones de ladrillos ó de inmundicias, y charcos fétidos que prueban la ausencia de toda regla en punto á las vertientes de las aguas. Hé aquí el espectáculo que presenta White-Chapel á vista de pájaro. ¡Qué no se veria si se pudieran levantar por arte mágica los techos de las casas, y contar los gemidos ó las imprecaciones que desde su interior se elevan al cielo!»

Y mas adelante, hablando de los inmundos barrios de Spitalfield y de Bethual Green, donde sufren 150,000 tejedores, irlandeses en su mayor parte, añade:

«Las casas están en estado tan ruinoso, cual no es posible imaginar. La mayor parte están construidas con tablas mal ajustadas, y por tanto necesitan poquisimo tiempo para tomar el aspecto de establos. Cuando uno de esos tabucos se ve abandonado á causa del peligro que habria en habitarlo, no falta nunca, antes de derribarlo, alguna familia irlandesa que, no pudiendo pagar alquiler, viene á la vez que las ratas y otros animales inmundos, á buscar allí un abrigo; y como en aquel barrio se convierten las calles en pantanos en tiempo lluvioso, pronto se exhala la fiebre de aquellas ruinas infectas.»

Al nombre de Faucher podemos agregar los de Esquiros, Teófilo Gautier, Redus, Mayhew y otros que han escrito sobre la materia, todos en el mismo sentido.

Lo mas doloroso es que, si bien distinguimos los barrios de Londres con los epítetos de *ricos* y *pobres*, no quiere decir eso que en los primeros al menos se goce por completo de la opulencia y del bienestar. La miseria está estendida por toda la metrópoli, solo que huye de la luz del dia, cuyo imperio cede gustosa al lujo y á la soberbia, y solo se presenta en toda su horrible desnudez en las altas horas de la noche. «En el soberbio barrio de Kensington, no lejos de los espléndidos jardines de la Reina, dice un escritor inglés, se encuentran calles enteras formadas de casucas repugnantes que se levantan sobre un suelo viscoso de inmundicias. Una parte de la poblacion miserable de Kensington, habita estas cuevas infectas; otra parte vive en carruajes de gitanos medio hundidos en el barro; otros tienen solamente por vivienda cajas viejas de fiacres, por las cuales pagan de alquiler seis *pence* (sobre dos reales) por semana.»

¿Es Londres una ciudad bien administrada, bien gobernada, como corresponde á su importancia y á su nombradía?

Sus espantosas deformidades, sus miserias no conocidas en otra parte, sus repugnantes inmundicias, así en el órden físico como en el moral; solo reco-

nocen por origen la absoluta libertad que goza allí todo el mundo de vivir como mas le cuadre, sin infringir la letra de las leyes, y la ineficacia de la *filantropía* pagana, y de las predicaciones protestantes al aire libre.

Casi todas las tardes, y por mañana y tarde los



Predicador protestante.

domingos, en los paseos y sitios mas frecuentados, en las plazas, se encaraman sobre bancos hombres de austero aspecto, vestidos de negro con corbata blanca, la cabeza descubierta, y una biblia debajo del brazo. Los pasantes se agrupan en torno suyo y le oyen leer ó declamar guardando el mayor silencio y compostura, lo cual está muy de acuerdo con el carácter inglés; pero ¿son estos medios suficientes para hacer religioso al hombre degradado que ha perdido hasta el instinto de la religion?

Solo inspirándose los legisladores y los poderosos en el espíritu vivificante de la caridad cristiana, podría, á fuerza de tiempo y de constancia, vencerse la gangrena que corrompe las entrañas de Londres; pero... ¡ay! los errores del protestantismo y la idea de la libertad llevada hasta la exageracion, hasta el absurdo, son rémoras constantes á la verdadera civilizacion.

J. A. A.

## INDICE.

VIAJE AL ALBERT N'YANZA Y LAGO ALBERT (EL LOUTA NZIGE DEL CAPITAN SPEKE), por SIR SAMUEL WHITE BAKER.—1861-1864.

Del Cairo á Gondokoro.—De Gondokoro al pais de los latukas, en la cuenca del Sobat.—De Gondokoro á Latuka.—De la cuenca del Sobat á la frontera del Ouyoro, reino de Kamrasi.—Desde las orillas del Nilo (brazo Somerset), á las del lago Albert.—El Albert N'yanza.—Navegacion por sus aguas.—El falso y el verdadero Kamrasi.—Llegada á Shua.—Viaje de regreso.

EL VOLGA, por M. MOINET.—1838.

Despedida de Moscou.—Marcha en télaga.—Receta para economizar azúcar.—Es preciso ayudarse mutuamente.—Troitzá.—Monges.—Soldados.—Una tumba decapitada.—Lo que los rusos entienden por caminos.—Hospitalidad forzosa.—El pativo.—Descripcion de una aldea rusa.—La administracion.—La isba: su construccion y mueblaje.—Traje de los hombres y de las mujeres.—Una aldea libre.—El Volga.—Kalaisine y las reliquias de San Macario.—Uglitch.—Trágico fin del príncipe Dimitri.—Condena de una campana; su destierro y su inútil perdon.—Romanof y sus tulupas.—Una pesca disputada.—Privilegios é insolencias de los pájaros.—Nijni-Novogorod.—El panorama.—Los monumentos.—El mercado.—Estadística.—El puente de un buque en el Volga.—Los Burlakis.—La urna de San Macario.—Los cofrecillos de Makarief-Kazan.—Kazan.—Pirámide fúnebre.—La universidad.—Los bazares.—La caza del oso.—El cuadragésimo oso.—Las pieles.—Desterrados.—La galera de Catalina II.—El *Nakimof*.—La navegacion por el Volga.—Los peces.—El *sterlet*.—El *sovdok*.—Un administrador como hay pocos.—Arreglos con la justicia.—Taracanas y cucarachas.—Pesquerías.—Ruinas.—Navegacion por el Volga.—Simbirski y Samara.—La tarántula.—Saratof.—Medios espeditos de tener caballos de posta.—Kirghis y kalmucos.—Estraccion de la sal á orillas de lago Elton.—Tzaritzyn.—La insurreccion de Pugachef.—La colonia de los hermanos Moravos en Sarepta.—Los arniños.—Astrakan; su pasado y su presente.—Interior tártaro.—Las pesquerías.—Una recepcion casi régia.—Las ceremonias religiosas.—Las carreras.—Una caravana en el desierto.—Caza del halcon.—Los kalmucos hipófagos.—Una *soirée* á la francesa.—Los caballos indómitos.—Los domadores.—La lucha.

CEREMONIAS DE SEMANA SANTA EN JERUSALEM, NOTAS DE UN VIAJERO.—183...

El viaje á bordo.—Jerusalem en la Semana Santa.—Jerusalem.—Hospedajes.—Una conversacion de sobremesa.—Un poco de erudicion indispensable.—Los peregrinos en Jerusalem.—Un campamento griego y la puerta de Belem.—Sufrimientos de las caravanas griegas.—La Jerusalem de mis sueños.—La Jerusalem verdadera.—La iglesia del Santo Sepulcro.—La piedra del Santo Sepulcro.—La piedra de la Uncion.—El Sepulcro de Cristo.—El Calvario.—Las ceremonias.—Visperas del Domingo de Ramos.—El Domingo de Ramos.—Miércoles Santo.—Jueves Santo.—Viernes Santo.—Sábado Santo.—Domingo de Resurreccion.—Inmersiones en el Jordan.—El Mar Muerto.—Regreso.

VIAJE AL PAIS DE GALES, por M. ALFREDO ERNI.—1862.

De Londres á Chepstow.—Newport.—Escursion á Caerleon.—La mesa redonda del rey Arturo.—Antigüedades romanas.—Usk y el castillo de Raglan.—Oportuna respuesta del marqués de Worcester.—Cardiff.—Recuerdos del cautiverio de Roberto, duque de Normandia.—Briton Ferri.—Tierna costumbre.—Estancia en Swansea.—Escursion á la península de Gower.—Los Mumbles.—La piedra de Arturo.—Caermarthen.—La encina de Merlin.—Partida para el castillo de Llanover.—Neat.—El valle y sus leyendas.—El peñasco de Dinas y la leyenda del rey Arturo.—Avergavenny.—Estancia en el castillo de Llanover.—Paseos por las inmediaciones.—El Mary-Lewyd.—Los manuscritos bárdicos.—El arpista Griffith.—La telyn.—Música de Gales.—Leyenda de Pooka.—Partida de Llanover.—Pontipool.—Abercarn.—Merthyr.—Tydvil.—Montañas de carbon.—Los Mabinogion.—Llandoverry.—Partida para Aberystwith.—Lampeter.—El *coraolo*.—El antiguo libro sangriento.—Aberystwith.—El puente del Diablo.—El sepulcro de Taliesin.—Su leyenda.—Semejanza curiosa con una tradicion griega.—Machilneth.—Anécdota relativa al rey Enrique VII.—Camino de Machilneth á Dolgelly.—Cadair Idris.—Los ladrones de pelo rojo